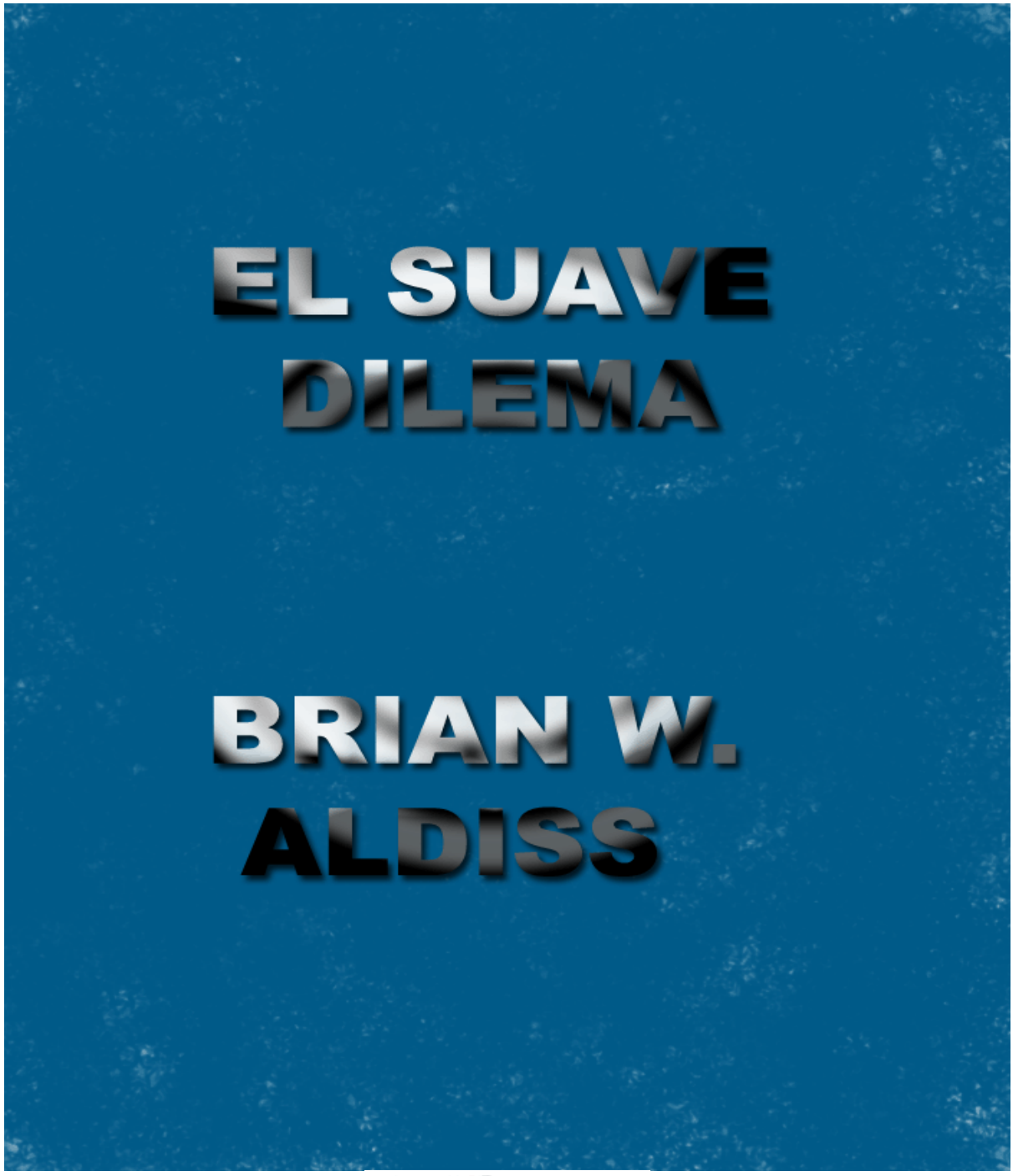
LIBRO dot.com

EL SUAVE DILEMA

BRIAN W. ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL SUAVE DILEMA

Brian W. Aldiss

ÍNDICE

I. JÚPITER
II. LA LUNA
III. RI
IV. GREAVES
V. SICILIA
VI. EGO
VII COLECTIVO

El excelente autor británico J. G. Ballard señaló la conveniencia de que la SF se ocupara menos del espacio exterior y más del espacio interior del hombre. Otro excelente escritor británico del género, Brian Aldiss, nos ofrece a continuación muestra de lo que puede ser esta SF introspectiva propugnada por Ballard

Calcúlate dentro, no te busques en la Luna, sino en tu propia órbita o circunferencia microscópica. Deja que los aspectos celestes aconsejen y adviertan, y no concluyas ni determines tus caminos.

SIR THOMAS BROWNE,

La moral cristiana

I. JÚPITER

Con creciente familiaridad vio que las lentas sacudidas no eran movimientos inconsecuentes, sino gestos meditados y deliberados.

Ian Ezard ya no era consciente de sí mismo. Le absorbía por completo el panorama.

Lo que al principio era una mancha insignificante se había convertido en un despliegue de luces, que derivaban suavemente. Las luces estaban adoptando una forma, convirtiéndose en alas luminosas o en espinazos fosforescentes, o quizá en miembros incandescentes. Al pasar, el funcionamiento trabajoso de los piñones dejó de parecer debido al azar y adoptó las características de la deliberación, de un plan consciente. Tampoco era ya un caos el ambiente en que las formas se movían; a medida que los sentidos de Ezard se iban acomodando a la escena, éste iba percibiendo un ambiente tan bien gobernado por sus propias leyes, como aquél en el que él había nacido.

Con la disminución de su inicial terror, pudo observarlo todo más sagazmente. Vio que los organismos luminosos se movían. ¿Cómo podía llamadlos? ¿Baluartes? ¿Fortificaciones? ¿Formaciones nubosas? No estaban más claramente delimitados que las costas arenosas envueltas en niebla, pero Ezard se sentía angustiado por una sensación de detalle intrincado ligeramente más allá del poder de resolución de su retina, como si estuviese contemplando flotillas de catedrales barrocas demasiado hundidas bajo unos mares traslúcidos.

Se acordó con inesperada cordialidad de Lowell, el astrónomo, captando imaginarios vislumbres de los canales marcianos..., pero su propio lugar de observación era mucho más privilegiado.

La gama de la grande, alegre y solemne procesión que desfilaba ante su vista le producía cierto trastorno. Se sobrepuso, tratando de interpretar lo desconocido en términos de lo conocido. Aquellos organismos le recordaban los esqueletos altísimos de las ciudades terrestres por la noche, vistos desde la estratosfera, o los grupos de diatomeas flotando en una gota de agua. Era difícil recordar que las figuras geométricas vivientes que escudriñaba teman cada una el tamaño de una enorme isla...tal vez de trescientos kilómetros de diámetro.

El terror aun estaba presente. Ezard sabía que sólo tema que ajustar los prismáticos de rayos infrarrojos para ver a muchos más kilómetros de profundidad en la atmósfera de Júpiter y encontrar... ¿vida? ¿imágenes? de otra clase. Hasta el momento, la expedición a Júpiter había descubierto seis niveles de imágenes-vida, cada uno de ellos separado de los otros casi del mismo modo en que el mar está separado del aire, mediante grados de presión que entrañan composiciones químicas diferentes.

Capa tras capa, iban descendiendo, agitándose lentamente, mucho más abajo de la detección, hacia el enlodado corazón del protosol. ¿Estaban todas las capas llenas de las huellas y las quimeras de la vida?

— ¡Es como escrutar en la mente humana! —exclamó Ian Ezard.

Tal vez pensara en la mente de Jerry Wharton, su cuñado. Grandes presiones, vastas negruras, terribles sabidurías, tormentas eléctricas duraderas..., el paralelismo entre las profundidades de la atmósfera jupiteriana y la mente resultaba demasiado desconcertante. Se irguió en el asiento y dejó el cascovisor en el eje giratorio.

La cámara de observación volvió a cerrarse en torno suyo, sin cambio alguno, pesadamente familiar.

— ¡Dios mío! —gimió, secándose débilmente el rostro—. ¡Dios mío! —y al cabo de un momento—. ¡Por Júpiter! —añadió en honor al monstruoso protosol que flotaba como una ballena por debajo de su nave.

El sudor volvió a regar su cara.

—Sí, es todo un espectáculo —murmuró el capitán Dudintsev, entregándole una toalla—. Y cada una de las seis capas que hemos examinado es mayor que cien veces la superficie terrestre. Lo estamos grabando casi todo en cintas. Y algunos de nuestros hallazgos ya están siendo radiados a la Tierra.

— ¡Serán como un escopetazo!

—Vida en Júpiter. ¿De qué otro modo puede llamarse sino vida? Esto sorprenderá a Rusia y América, y a todo Occidente, con más fuerza que cualquier descubrimiento efectuado desde la reproducción.

Consultando su calculador de pulsera, Ezard observó que había estado bajo el visor unos ochenta y seis minutos.

— ¡Oh!, es totalmente cierto. Esto trastornará todas nuestras ideas. No sólo Júpiter contiene la mayor parte del material inorgánico del sistema, sin contar al sol, sino que contiene también casi toda la vida. Una vida apretujada, superabundante. Ni una sola ameba es menor que Long Island. Lo cual hace que la Tierra no sea ya más que un puesto avanzado y rocoso, situado en una playa lejana. ¡Esta es la gran idea a la que hemos de habituarnos!

—El mundo blanco se habituará a ella, como se acomodó al darwinismo. Siempre nos acomodamos a todas las ideas.

— ¿Y a quién le importa un comino el mundo negro?

Dudintsev se echó a reír.

— ¿Y qué me dices del marido de tu hermana, del que siempre te quejas? ¡A él le importará!

— ¡Oh!, sí, le importará. A Jerry le gustaría ver desaparecer por entero a la otra mitad del globo.

—Bueno, no es el único.

Con la cabeza todavía llena de gestos extrañamente luminosos, Ezard avanzó hacia el mirador.

II. LA LUNA

Cerca de medianoche en Rainbow Bay City. Debajo de la cúpula principal, encima de una de las torres-mirador. El universo se extiende ante nosotros, cerca de los cristales; las estrellas parecen grasa llameante. Distorsionada por la curvatura de la cúpula, la Tierra es como un recorte de uña enfriado. El jefe de la técnica del sueño, Wace y yo, charlamos esporádicamente para matar el tiempo, hasta que volvimos a entrar de servicio en lo que mi hija Ri llama «la cosa grande, vieja y negra», de Platón.

—La especialización es algo maravilloso, Jerry —dijo Wace—. Aquí estamos nosotros, en cierto modo camino de Júpiter, y ni siquiera sabemos dónde se halla situado para contemplarlo. ¡Oh!, el mundo exterior no ha sido nunca mi especialidad.

Era un hombrecillo seco y muy aseado, de unos treinta y cinco años, y ya envejecido. Su especialidad era el estado terriblemente complicado del sueño. Yo me había interesado mucho por la psicología gracias a Johnnie Wace. Como él, yo no hubiese estado donde me hallaba a no ser por el proyecto CUFL en que ambos trabajábamos. Y aquella cosa grande y vieja no se habría instalado en la Luna, de no ser por los engañosos estados de hipnosis existentes entre el despertar y el dormir, los cuales estábamos investigando, y que se soportaban mucho mejor en las condiciones de menor gravedad de la Luna.

Abandoné la búsqueda de Júpiter. Ignoraba dónde estaba, lo mismo que Wace. Además, la ligera condensación atmosférica estaba formando gotas en las barras de aluminio de la techumbre, y las corrientes de aire de la cúpula las lanzaban hacia nosotros. Yo volvía a experimentar la tensión a medida que se acercaba el momento de reanudar el servicio..., la tensión de no poder beber. Pronto me vería colocado entre la vida y la muerte, dejando que el CUFL agostase mi psique. Cuando dimos

media vuelta, tendí la mirada hacia una cúpula auxiliar bajo la cual crecía un cacto en el fértil suelo lunar, protegido de manera muy precaria contra los rigores exteriores.

—Así es como florecemos, Johnnie —indiqué, señalando el cacto—. Siempre estamos extendiendo los límites de la experiencia. Ahora, la expedición Trans-Júpiter ha descubierto que allí existe vida. ¿De dónde extrae Occidente su dinamismo, en tanto el resto del mundo, el Tercer Mundo, todavía está sentado en cuclillas?

Wace me dedicó una extraña mirada.

—Ya sabes que yo soy un tipo extraño, con una idea fija. Dime Johnnie, tú que eres un chico listo, ¿cómo es que en una era de tanto progreso, la mitad del globo no adelanta?

—Jerry, yo no siento lo mismo que tú hacia los negros. Tú formas una parte muy esencial del CUFL porque tus símbolos básicos son confusos.

Comprendió que su observación me había enojado. Y no obstante, yo intuí la verdad cuando la declaré. Westciv, que comprendía la mayor parte del hemisferio norte y no mucho más, exceptuando Australia, era un enorme campamento armado, que protegía unas fronteras excepcionalmente largas, a fin de paralizar al mundo negro o Tercer Mundo efectuando de vez en cuando un ataque a Sudamérica o África que impidiera la formación de una fuerza amenazadora. Y nosotros estábamos avanzando constantemente, mientras el resto del mundo superpoblado se arrastraba detrás nuestro.

—Ya conoces mis opiniones, Johnnie..., que tal vez resulten impopulares, pero que jamás he tratado de ocultar —dije, con expresión mohína—. Si pudiese, destruiría por completo el Tercer Mundo y empezaría de nuevo. ¿Qué tenemos que perder? No, en todo esto no hay ninguna confusión de símbolos.

—Un soldado siempre es un soldado...

Johnnie no dijo nada más hasta que penetramos en el ascensor. Fue entonces cuando añadió quedamente:

—Todos podemos estar equivocados, Jerry. Ahora sabemos que las zonas epsilon del cerebro, recientemente descubiertas, no distinguen en absoluto entre el sueño y la realidad. Que sólo se ocupan de alterar el equilibrio del tiempo, formando así el paso hacia lo inconsciente. Yo sustento la teoría de que el hombre occidental, con su afán de progreso, puede haber obturado la puerta, perdiendo el contacto con algo que es básico para su bienestar psíquico.

— ¿Y los negros aún están en contacto con ello?

— ¡No te burles! La historia de Occidente no es para sentirse orgulloso. Ya sabes que nuestro proyecto CUFL está en un aprieto y que pueden abandonarlo. Seguro, progresamos de forma asombrosa en el plano material, tenemos estaciones que orbitan en torno al Sol, planetas interiores y Júpiter. Y no obstante, todavía no nos conocemos perfectamente a nosotros mismos. El proyecto

CUFL intenta ser a la psique lo que la computadora es al conocimiento, y sin embargo, rechaza con insistencia nuestros datos. Y la culpa no es de la máquina. Ahora, saca tus propias conclusiones.

Me encogí de hombros.

— ¡Sigamos en guardia!

Llegamos a la superficie y salimos fuera, yendo en dirección al tubo donde estaría dispuesto un trasbordador hasta Platón. La cosa grande, vieja y negra, estaría sentada esperando junto al cráter terminal, y bajo el cuidado del equipo de Johnnie Wace, yo y otros alimentadores entraríamos allí. A veces, me siento perdido en ese tenue mundo que Wace encuentra tan congénito, y con toda esa aguda charla respecto a lo que son sueños y realidades..., aunque a veces también la emplee yo como defensa propia.

En el camino hacia el tren interior, la curva de la cúpula distorsionaba los cactos del exterior. A pesar de su aspecto frágil, sus largos brazos en forma de pera espinosa crecían y se extendían, como si quisieran envolver a la cúpula, antes de quedar bañados por el reflejo de la electroluminosidad. Hasta que quedara solucionado el problema de reducir el resplandor nocturno, los nervios de quienes vivían en la cúpula principal estarían siempre excitados.

Ya en el Metro, cuyas obras aún no habían finalizado, Wace y yo revisamos el material contra incendios y los trajes de emergencia, y subimos al tren. El resto del equipo ya estaba en los asientos, hablando de los ambiguos estados de la mente que el CUFL alentaba; todos saludaron alegremente a Johnnie, y éste se agregó a la conversación general. Yo ansiaba estar de vuelta con mi familia, o poder jugar una partida de ajedrez con Ted Greaves, el sencillo y viejo soldado Ted Greaves. Tal vez también yo hubiera debido seguir siendo un simple soldado que ayudase a reprimir las revueltas en los senderos superpoblados de la costa oriental, o abriera camino a través de Brasil.

—No quise molestarte, Jerry —se disculpó Wace, cuando se cerró la puerta.

Su afilado rostro estaba arrugado por la preocupación.

—Olvídalo. Yo te ataqué antes. La vida resulta excesivamente complicada en estos días.

— ¡Para ti sí, el apóstol del progreso!

La charla no era agradable...

—Mira, hemos encontrado vida en Júpiter, y esto es magnífico. Estoy realmente contento, contento por Ezard, que está allí, contento por todo el mundo. Pero, ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde nos conducirá esto? ¿De qué nos servirá? ¡Cuándo todavía no hemos solucionado el problema de la vida en la Tierra!

—Lo solucionaremos —replicó él.

Empezamos a rodar por el interior del oscuro túnel.

III. RI

Una de las diversas complicaciones de vivir en la Tierra eran los sueños de mi hija. Me angustiaban terriblemente, tanto, que a menudo creía que se mezclaban con mis propias fantasías cuando estaba tumbado en la litera de Wace, bajo los encefalómetros y con el resto del equipo del CUFL. Bien, dichos sueños me inquietaban, aunque al mismo tiempo me encantasen. La niña es tan insistentemente amigable, que yo no siempre tengo tiempo disponible para ella; pero sus sueños son un asunto diferente.

Tal como Ri los contaba, los sueños poseían cierta lucidez. Tal vez fuesen escenas de un mundo en el que yo hubiera querido estar, un mundo de juguete... un mundo simplificado que apenas pareciese contener gente.

Ri era el fruto de mi matrimonio de la tercera década. Mi esposa de la cuarta década, Natalie, también disfrutaba mucho con la charla de Ri. Pero hay que decir que Natalie es una mujer paciente, tanto con Ri como conmigo; más con Ri, tal vez, puesto que le gusta hacer gala ante mí de su temperamento.

Cierta cualidad de los sueños de Ri hizo que Natalie y yo prefiriésemos guardarlos en secreto. Jamás se los mencionamos a nuestros amigos, casi como si fueran unos pequeños secretos culpables. Tampoco hablé de ellos a mis camaradas que sudaban en el proyecto CUFL, ni a Wace, ni siquiera a los grandes sabios, casi brujos, del Laboratorio Psíquico Lunar. En realidad, Natalie y yo evitábamos incluso discutirlos entre nosotros, en parte porque intuíamos el gran interés que Ri prestaba a sus imágenes nocturnas.

De pronto, todo mi placer ante los sueños de la niña se transformó en inquietud debido a una observación casual hecha por Ted Greaves.

Fue de este modo:

Yo acababa de regresar de la Luna en el trasbordador de permiso el día anterior, más cansado que de costumbre. Los vuelos entre Kennedy y Oriente, y Oriente y Eurocen, empezaban a ir más atestados que nunca, a pesar de los Jumbo extra en funcionamiento. Las noticias del descubrimiento de vida en Júpiter (incluso las imágenes telerradiadas del rostro de mi cuñado propagadas por todas las ciudades de Westciv), parecían haber ampliado el salto de las hormigas considerablemente. Lo que la gente pensase que podían hacer con tal noticia se hallaba fuera de todo cálculo, pero Wall Street registraba una oleada de optimismo.

De modo que entre una cosa y otra llegué a casa agotado. Ri estaba dormida. Sí, mojando todavía su camita, según admitió Natalie. Tomé una sauna y caí dormido en brazos de mi mujer. El

mundo giró. Y lo primero que supe a la mañana siguiente fue que Ri se acercaba a nuestra cama. Me desperté.

Las niñas de tres años tienen un paso muy fuerte, pues pesan tanto como los cachorros de elefante.

Yo puedo andar por nuestro dormitorio sin hacer el menor ruido, pero la chiquilla produce grandes vibraciones.

—Creí que todavía estabas en la Luna alimentando el «inciente electivo», papaíto —balbució.

El «inciente electivo» es su mala pronunciación de inconsciente colectivo; de manera prudente, no hace el menor intento respecto a la Vida Libre del CUFL.

—El «inciente» —repliqué— me ha concedido una semana de permiso, Ri. ¡Y ahora déjame dormir! ¡Vete a leer tu libro!

La miré por un ojo semiabierto. Ladeó la cabeza y me sonrió, rascándose el trasero.

—Entonces, esa cosa grande, vieja y negra es más lista y buena de lo que pensaba.

Natalie se echó a reír desde su lado de la cama.

—Pues ésta es la idea del «inciente electivo», Ri: ser más lista y buena de lo que podamos imaginar.

—Yo puedo imaginarme muchas cosas buenas —objetó la niña.

No quería que la desilusionasen de su imagen del «inciente» como una cosa grande, vieja y negra.

Trepando a la cama, empezó a colocarse entre, Natalie y yo. Había traído un gran libro de plástico de grabados parlantes de dibujos tradicionales, que tenía asido bajo el brazo. Cuando empezó a rodar sobre mí, una esquina del libro me pinchó dolorosamente la mejilla. Chillé.

— ¡Oh, pequeña estúpida! ¡Déjame tranquilo!

— ¡Papaíto, no quise hacerlo, de veras! Fue un... «acimente».

— ¡No me importa lo que fue! ¡Vete! ¡Vamos, muévete! ¡Vuelve a tu cama!

La cogí del brazo para sacarla de la cama. Se echó a llorar.

Natalie se incorporó colérica.

— ¡Por favor, deja tranquila a la niña! ¡Siempre la estás torturando!

—Tú no te muevas, de este modo no te meterá el libro en un ojo —advertí a mi mujer—. ¡Además, la muy canalla ha vuelto a mearse en la cama!

Así es como empezó la trifulca. Estoy avergonzado de tener que relatar el resto. Hubo lágrimas de la niña y lágrimas de Natalie. Sólo después del desayuno pareció amainar la tormenta. ¡Oh!, ahora, al hacer esta confesión, puedo mostrarme objetivo, y reconocer mis propias culpas, y lo que los demás pueden pensar de mí. Créanme, si esto no es arte es terapia.

Es raro recordar ahora lo a menudo que solíamos pelearnos durante el desayuno. Y sin embargo, era aquélla una de las habitaciones más sedantes, con la alfombra carmesí sobre las losetas del suelo, las blancas paredes y los muebles oscuros, estilo italiano. Teníamos dos viejos cuadros bidimensionales, muy anticuados, inmóviles en las paredes, y ninguna holopantalla. En un rincón, medio escondida detrás de un jarrón con flores de nuestro jardincillo, estaba Jannick, nuestra doncella-robot. Natalie, que prefería no servirse de ella, la tenía desconectada. Jannick, en aquella ocasión, no intervino. Y reinaba la paz. Sin embargo, nos peleamos.

Cuando Natalie y yo estábamos tomando la última taza de café, Ri empezó a correr a mi alrededor.

— ¿Te gustaría escuchar ahora mi sueño, papaíto, si no estás enfadado?

La subí sobre mis rodillas.

—Bien, escuchemos tu sueño. ¿Vuelve a referirse a unas piscinas de agua caliente?

Sacudió la cabeza.

—Este sueño lo tuve a las tres de la madrugada —explicó—. Sé la hora porque vino un enorme pájaro negro, como un cuervo hambriento, y picoteó en mi ventana como si quisiera entrar y despertarnos a todos.

—Entonces, esto formaba parte de tu sueño. En esta región de Italia no hay cuervos.

—Quizá tengas razón, papaíto, porque la casa estaba mucho más sucia que ahora. Bueno, me senté en la cama e inmediatamente empecé a soñar que yo era gorda y pesada, y que llevaba un libro muy grande, de esos que hablan, mientras subía la montaña. Era un libro mucho más grande de los que tengo aquí. Apenas podía respirar, porque casi no había aire arriba de la montaña. ¡Oh!, fue un sueño muy feo.

— ¿Qué más ocurrió?

—Nada.

— ¿Nada?

—Nada..., excepto una cosa. ¿Sabes qué? Vi uno de esos coches nuevos japoneses que bajaba muy de prisa la montaña, hacia mí. Ya sabes, esos coches en que el cuerpo va dentro del volante y la gran rueda gira en torno al cuerpo.

—Quieres decir el Toyota Monocar —dijo Natalie.

—Sí, Natalie, el «Toyota Moggatar» —balbució la nula con su media lengua—. Era como una gran rueda llameante, y pasó junto a mí y se fue.

— ¿Hacia dónde?

—No sé. ¿Dónde van las cosas? ¡Ni siquiera sé de dónde venía! Esto me hizo un lío en el sueño, de modo que miré a mi alrededor, y al lado de la carretera había un enorme «precicipio»...

—Se dice precipicio.

—Eso mismo, papaíto: «precicipio». ¡Muy hondo, muy hondo! Y estaba adornado por ocho postes, unos postes redondos y blancos como dientes, y el «Moggatar» debió venir de allí.

Natalie y yo seguimos en la mesa, meditando acerca del sueño de Ri después que la niña fuera al patio a jugar; tenía unos pinzones color fuego y albaricoque, metidos en jaulas, a los que quería mucho.

Yo me situé en su montaña imaginaria, donde el aire estaba enrarecido y los colores pálidos, con la figura aislada de la niña asiendo su libro y contemplando el coche que pasaba como una centella. Un símbolo del Sol, la rueda en que crucificaron a Ixión, imagen de nuestra civilización, signo tántrico de los fuegos simpáticos... Todas estas cosas, y las primeras estaciones no tripuladas que ahora orbitaban en torno al Sol..., uno de los grandes logros de Westciv, y también un símbolo que despertaba grandes respuestas latentes en el hombre.

¿Reverberaban dichas respuestas en las psiques de todos los chiquillos, cambiándolos, atacándolos a lo largo de la trayectoria que sigue el mundo blanco? ¿Qué efecto iba a producir la noticia de la vida en Júpiter? ¿Qué papel desempeñaría tío Ian, que había encontrado dicha vida, en los teatros primitivos de la mente de Ri?

Me formulé estas preguntas de manera indolente, Me gustaba pensar en cuestiones importantes, basándome en el principio de que si eran suficientemente importantes, se bastaban a sí mismas y no requerían respuesta alguna. En aquella época jamás me preocuparon las respuestas. Yo no era un pensador. Mi labor en Platón consistía en analizar sentimientos y sensaciones, y para esto me pagaban. Las respuestas quedaban para Johnnie Wace y sus camaradas.

—Será mejor que empecemos a movernos —propuso Natalie, cogiendo mí taza de café—. Puesto que tienes un día libre, será mejor aprovecharlo. Mañana volverás a estar de servicio en la frontera con Greaves.

—Lo sé sin necesidad de que me lo recuerdes, gracias.

—No te lo recordaba, sólo lo daba por sentado.

—Sé que esta casa es arcaica —murmuré, cuando ella pasó por mi lado camino de la cocina— como el hogar de un campesino. Pero si yo no me hubiera ofrecido como voluntario para efectuar servicios de frontera con carácter irregular durante mis permisos, no estaríamos aquí. Nos hallaríamos encajonados en Oriente o en cualquier otro enorme complejo urbano, como aquel en que tú pasaste tu desdichada Infancia. ¡Y entonces tendrías más motivos de queja!

Ella siguió andando en dirección a la cocina con las tazas y los platos. Era cierto que habían construido aquella vivienda para campesinos o poco más; sus muros de piedra, de un metro de espesor, conservaban el calor del verano, y también el breve frío del invierno cuando se colaba dentro. Natalie calló, pero poco después dijo en un susurro tan débil que apenas lo oí desde la salita donde estaba sentado:

—No me quejo, Jerry, no me atrevería a quejarme...

Fui hacia ella. Estaba de pie frente a la fregadera, más o menos como me la había imaginado, con los negros bandos de su cabellera bien sujetos por una ancha cinta elástica. La amaba... ¡pero a veces me volvía loco!

— ¿Qué quieres decir con eso de que «no te atreverías a quejarte»?

—Por favor, no nos peleemos más, Jerry. No puedo soportarlo.

— ¿Me peleo yo acaso? Creo que solamente te he preguntado qué has querido decir.

— ¡Por favor, no te enfades!

Se me acercó y, rodeándome la cintura con los brazos, levantó la mirada hacia mí. Me resistí y no le devolví la mirada.

—No quiero molestarte, Jerry... ¡Oh, es terrible la forma cómo nos peleamos como... todo el mundo! Ya sé que estas trastornado.

— ¡Claro que lo estoy! ¿Y quién no lo estaría ante la situación en que se halla el mundo? Tu maravilloso hermano y sus compañeros han descubierto vida en Júpiter. ¿Nos afecta esto en algo? A mi proyecto, el CUFL, lo darán por finiquitado a menos que empecemos a obtener resultados. Además, están esos alborotos en las universidades... ¡No sé qué busca la nueva generación! A menos que seamos fuertes, los del Tercer Mundo nos invadirán y someterán.

Natalie empezaba a enojarse también.

— ¡Oh!, sí, por esto vinimos a vivir aquí, más allá del más allá, ¿verdad? Para que tú pudieras tener una visión ocasional del enemigo. ¡No fue porque te importase el lugar en que a mí pudiera gustarme vivir!

—Al contrario que a ciertas personas, a mí me interesa cumplir con mi deber hacia mi país.

Natalie se apartó de mí.

—No forma parte de tu deber comportarte constantemente como una bestia conmigo y con Ri, ¿en?

¿O sí? ¡Nosotras no te importamos nada en absoluto!

Era la canción de siempre.

— ¡No empieces otra vez con lo mismo, mujer! Si no me importaseis, ¿por qué habría comprado ese robot que tienes desconectado en el comedor? Nunca lo usas, y prefieres pagar a una vieja gordinflona por horas. ¡Hubiese podido ahorrarme ese dinero! ¡Y aún tienes el valor de decir que no me importas!

Sus pupilas resplandecían ya peligrosamente. De pie ante mí, parecía una estatua.

— ¡No te importamos! ¡No te importamos! ¡Lastimas a tu pobrecita hija, y a mí no me haces caso! Siempre estás en la Luna, o en la frontera, o aquí, gritándonos. Hasta tu estúpido amigote, Ted Greaves, tiene más sentido común que tú. ¡Tú nos odias! ¡Odias a todo el mundo!

Me abalancé hacia ella, la cogí del brazo y la sacudí como un pelele.

— ¡Siempre te estás quejando! ¡No falta ya mucho para que termine esta década, y entonces me libraré de ti! ¡Ya no puedo más!

Salí de la casa dando un portazo. ¡Gracias a las estrellas, al día siguiente tendría servicio de frontera! La gente me saludaba, pero la ignoré. El sol estaba ya alto en el cielo del sur de Italia, y empecé a sudar a medida que andaba, pero esa molestia más bien me agradó.

No era cierto que siempre gritase en casa. Natalie podía haber sufrido durante su infancia, ¡pero yo también! En aquella época había una guerra en marcha, la primera de las guerras entre Westciv y el Tercer Mundo, aunque entonces no pensábamos en tales términos, antes del tratado de Cap Com. A mí me llamaron a filas a una edad en que otros están aún en la universidad. Pasé miedo, sufrí, tuve hambre, me hirieron, estuve un par de días perdido en la jungla antes de que la patrulla de un helicóptero me encontrase... Y maté a unos cuantos tercermundistas. Ni siquiera Natalie podía decir que esto me hubiera gustado. Todo había terminado hacía tiempo. Y sin embargo, aún lo llevaba en mi interior. Nunca se borraba de mi memoria. La Tierra daba vueltas, pero las luces del viejo escenario nunca se apagaban.

Llegué a las colinas que dominaban nuestra localidad, me senté a la sombra de un olivo y pensé en el pasado. Es extraño de qué modo piensa uno en cosas que no tienen nada que ver con la vida cotidiana.

De nada me serviría trastornarme por una riña conyugal. Natalie no era mala, sólo un poco arisca de carácter. Mi reloj marcaba las diez, aproximadamente. Ted Greaves no tardaría en presentarse para nuestra partida de ajedrez. Continuaría sentado unos instantes donde estaba, respirando profundamente, y luego regresaría. Actuaría con naturalidad. No tenía nada que temer.

IV. GREAVES

Ted Greaves llegó a casa hacia las diez y cincuenta minutos. Era un individuo alto, de cabello rubio, atormentado por la mala suerte en su carrera militar y un poco resentido contra la sociedad. Le gustaba interpretar el papel de veterano fanfarrón. Al cabo de muchos años de servicio era oficial de exilio, y mandaba nuestro sector de la frontera sur, entre Westciv y los negros. Como tal, al día siguiente sería mi superior, cuando yo entrase de servicio. Hoy, no obstante, éramos sólo amigos. Saqué el tablero de ajedrez.

—Hoy me siento como un peón y no podré jugar bien —se quejó Ted cuando nos instalamos junto a la ventana—. He pasado las últimas veinticuatro horas en la oficina rellenando

fotoformularios. ¡Nos hundimos bajo los formularios! La situación producida por el hambre en el Norte de África se ve ahora agravada por una epidemia de cólera.

— ¡Los problemas del Tercer Mundo no nos afectan en absoluto!

—Por desgracia, estamos más relacionados con los negros de lo que parece en la superficie. Las autoridades temen que el cólera no respete fronteras! Mañana tenemos que permitir el paso de algunos refugiados, y es probable que sean ellos quienes transmitan la enfermedad. Están preparando una sala de aislamiento. La culpa es de Westciv... debimos prestar ayuda a África desde el principio.

Yo había comprado una lata de whisky a precio de permiso de servicio en el vuelo Rainbow-Kennedy. La abrimos en aquel momento. Pero él estaba de mal humor, y no tardó en abordar uno de sus viejos tópicos: la responsabilidad de los Estados Unidos en la confrontación entre blancos y negros. Yo no aceptaba en absoluto sus opiniones a este respecta, y él lo sabía; pero esto no le impidió lanzar algunos gruñidos respecto a los defectos de nuestra sociedad de consumo, acerca de que se basaba en la envidia, y la vergüenza que representaba la solución negra..., aunque nada dijo de cómo podíamos haberla evitado. Puesto que nosotros no éramos más que unos chiquillos cuando idearon la solución, no comprendía por qué Ted tenía que sentirse culpable al respecto. De todos modos, yo creía que las razas de color del Tercer Mundo estaban subdesarrolladas porque les faltaba la inteligencia y la calidad moral de Westciv, su odiada Pinkeyland.

Por tanto, dejé que Greaves expresase sus sentimientos mientras tomábamos el whisky, en tanto yo contemplaba nuestro patio interior por la ventana.

El caminito empedrado del centro, bordeado por una columnata en la que florecían las buganvillas, conducía a una pequeña estatua de Diana, labrada en mármol de Carrara, y que estaba situada contra el muro del fondo. Todos los muros del patio estaban pintados de amarillo. A la izquierda gorjeaba la colección de pinzones de Ri, mientras revoloteaba en las jaulas. En las parcelas de tierra crecían limoneros y naranjos. Y por encima del muro del fondo se elevaban las montañas de Calabria.

Jamás me cansaba de aquel plácido paisaje. Pero lo que más me había llamado la atención era la figura de Natalie con su sencillo vestido verde. Yo la había amado de muchas formas, pensé, y al final de la década no sería muy difícil cambiarla por otra, ya que ello era mejor que continuar siempre pegado a la misma mujer, como en el sistema antiguo. Pero o yo estaba envejeciendo o había algo especial en Natalie. Estaba jugando con Ri y hablando con la criada calabresa. No oía nada de lo que decían, a pesar de que la ventana estaba abierta al calor y a los aromas del exterior, y sólo llegaba hasta mí el murmullo de las voces.

Sí, tendría que cambiarla. Hay que dejar que las cosas se desarrollen naturalmente. Esto ayudaba a que el mundo siguiese girando. La antigüedad planeada como una dinámica social, tanto en las relaciones humanas como en los productos consumidos. Cuando Ri cumpliese los diez años

tendría que ingresar en el centro de integración oportuno, para aprender a ser un miembro funcional de la sociedad... como mi otra hija, Melisande, había hecho el año anterior al cumplir los diez años.

Melisande, que lloró tanto al separarse dé mí. Triste indicio de lo mucho que necesitaba la integración. A todos se nos pedían sacrificios, pues de lo contrarío el nivel de vida descendería. Las separaciones endurecen al ser humano. En la actualidad, yo apenas pensaba en Melisande.

Y cuando conocí a Natalie... Natalie Ezard. Fue antes de las leyes de integración. «El viaje espacial nutre nuestros deseos más profundos y extraños. » Contra los estados mentales de máxima alerta flotan los estados hipnóticos y extravagantes que colorean los jades y carmesíes de las tinieblas exteriores, haciendo que las cosas sin forma viajen en los mismos límites del ojo. Tal vez esto se deba a que en el mismo centro de la riqueza del viaje al espacio envuelto en metal reside una privación sensorial. Pese a su promesa de renacimiento, el vuelo en el vado es la muerte de la vida, y sólo los totalmente esquizofrénicos están inmunizados a sus terrores. Yo nunca me sentía feliz, ni siquiera en el trayecto Kennedy-Rainbow.

Entre los planetas, nuestros deseos más exagerados se tornan fecundos. El viaje espacial alimenta nuestros deseos más profundos y extraños.

—¡Pueden ocurrir cosas espantosas! —exclamó.

Natalie, en nuestros primeros días de casados, arrojándose en mis brazos cuando regresé de un viaje.

Y mientras yo estaba lejos, Westciv aprobó las leyes de la integración, por las cuales se separaba a los padres de los hijos y se enviaba a los niños de diez años a los honorables orfanatos del Estado, a fin de convertirlos en buenos ciudadanos.

Todo volvió a tener lugar ante el telón de fondo de nuestro soleado patio, donde se hallaba en aquel momento Natalie Wharton. Era más delgada y angulosa que antaño, y su cabello menos negro. Algún día tendríamos que tomar la ofensiva y eliminar a todos los negros del mundo. En mi opinión, sólo el temor a lo que la China neutral pudiera hacer nos impedía aún dar este paso tan necesario.

—¡Fíjate en la vejez de ahí fuera! —exclamó Ted Greaves, siguiendo mi mirada y señalando el patio—. ¡Mira esa maldita parra, aquella estatua! Aparte de la encantadora Natalie y de tu hijita, no hay nada que no lleve ahí al menos doscientos años. En los Estados todo es nuevo, nuevo, todo tiene que ser de última moda. Tan pronto como las raíces empiezan a formarse, las arrancamos y empezamos de nuevo. Y el resultado es... ¡la falta de criterio! ¿Cuánto lleva en pie esta casa? ¿Tres siglos? En los Estados ya la habrían barrido mucho tiempo atrás. Aquí, el amor y el cuidado siguen vigentes, por lo que todo es tan bueno como si fuera nuevo. ¡Tan bueno como nuevo! Ya ves cómo soy víctima de mis propias ideas. ¡Es mejor que nuevo, es tan bueno como nuevo!

—Eres un sentimental, Ted. No son las cosas, sino el prójimo lo que importa. La gente es vieja, los mundos son viejos. Las naves ruso-americanas que construyen en todo el sistema nos dicen cuan viejos somos, cuán familiarizados estamos con nosotros mismos. Nuestras raíces se hallan en nosotros y no fuera.

Lo cierto es que disfrutábamos filosofando.

Ted lanzó un gruñido y encendió un cigarro-relámpago.

—Esto está bien para tí, que estás construyendo este inconsciente colectivo de la Vida Libre. ¿No es otro proyecto americano externalizar el mal y podar nuestras raíces?

—¡Ciertamente, no! El CUFL será un banco de emociones, una calculadora, si quieres, que almacena no los frutos del intelecto humano, sino los frutos de la psique. Pero en la Tierra hay demasiada gente y nuestras vidas han de ser controladas. El CUFL, en cambio, nos devolverá la libertad de nuestra imaginación.

—¡Si tiene éxito!

—Claro, si tiene éxito —concedí—. Por ahora no hemos sacado de nuestra cosa grande, vieja y negra más que modelos primitivos. Es cuestión de seguir aumentándola.

Con Greaves siempre expresaba mucha más animación de la que sentía, supongo que para contrarrestar su pesimismo.

Se levantó y miró por la ventana.

—Bien, yo no soy más que un soldado glorificado..., sin mucha gloria. No comprendo los bancos de emociones. Pero date cuenta de que es posible que estés sobrealimentando tu vieja y negra cosa, y que se esté muriendo por exceso de nutrición, como el mismo Westciv. Los jóvenes suelen captar ciertos sueños arquetípicos. Por tanto, ¿por qué no puede captarlos también tu reciente máquina? Los jóvenes los captan especialmente cuando han de morir en plena juventud.

La muerte era uno de sus temas favoritos. En una ocasión la llamó «la paz que pasa por todos los que están de píe».

—¿Qué clase de sueños? —le pregunté sin pensar.

—En el sistema nervioso, los símbolos del sueño son recibidos como estímulos sensoriales. Hay sueños prodromales, sueños que predicen la muerte. No sabremos qué es el despertar hasta que sepamos qué son los sueños. Tal vez toda la lucha entre negros y blancos no sea más que supersueño, como un mirlo que picotea en un cristal.

La conversación despierta pensamientos ocultos. Yo estaba escuchando a Ted, pero de manera más activa me preguntaba por qué no contestaba directamente las preguntas, como hace la mayoría de la gente. Alguien me contó que era una consecuencia de la holovisión, que divide la atención personal. Meditaba acerca de todo ello cuando Ted dijo lo del mirlo picoteando en el cristal, con lo que trajo a mi memoria el comienzo del último sueño de Ri, en que la niña no estaba segura de

si dormía o aun estaba despierta.

—¿Qué tiene esto que ver con la muerte?

—Demos una vuelta por la zona soleada antes de que haga demasiado calor —propuso—. Algunos niños son demasiado etéreos para la vida. Diantre, Jerry, un niño se halla muy cerca del estado primario, del primitivo mundo psicológico; algunos sobreviven con prognosis de imprudencia. Si no han de llegar a la madurez, sus psiques lo saben y ya no les ayudan a pasar al próximo estado.

—Bien, salgamos al sol —asentí.

No me sentía bien. Las ponsetias estaban en flor y extendían sus lenguas escarlata. Un lagarto se afeitaba a una rama de carobo. El sol desaparecía ya tras la colina de Ri.. ¿La muerte? Y los ochos dientes o postes, o lo que diablos fuesen, estaban al borde de la nada... ¿Los años de Ri? Los pinzones saltaban de percha en percha, incansables en su cautividad.

V. SICILIA

Casi antes del amanecer de la mañana siguiente, estaba ya volando sobre Calabria y el tacón de Italia. Las instalaciones militares resplandecían más abajo. Aquél era uno de los puntos más al sur de Europa que señalaban la frontera entre los dos mundos. Se hallaba bajo el mundo de fuerzas americanas, europeas y rusas. Me había marchado antes de que se despertara Ri. Natalie, con sus bandos de cabello oscuro, se levantó para darme su adiós. Adiós... siempre era adiós. ¿Cuál era el significado del gran libro negro que Ri llevaba en su sueño? No podía ser cierto.

El estrecho de Mesina destelló bajo nuestro fuselaje sin alas. Aire, agua, tierra, fuego, los primitivos elementos. El quinto, el espacio, había estado aguardando. Sólo Dios sabía lo que hacía en los corazones y las mentes de los hombres, qué reacción aborigen estaba en proceso. Tal vez cuando hubiésemos exterminado a los tercermundistas, el «inciente electivo» nos diera tiempo para clasificar las cosas. Nunca había tiempo para ello. Ni siquiera los pinzones en su largo cautiverio tenían bastante tiempo. ¿Y el pájaro de la ventana de Ri? ¿En qué lado de la ventana, por dentro o por fuera?

íbamos descendiendo hacia Sicilia, hacia sus montañas. Yo atinaba a ver la cabeza y los hombros de Greaves, en el asiento del piloto.

Sicilia era territorio semineutral. El mundo blanco y el negro se juntaban en sus erosionados valles. Yo me había desayunado con medio racimo de uva, arrancado del jardín, y una taza de café sin azúcar. Una alimentación voluntariamente regulada. Al otro lado de la elevada frontera, el hambre habría hecho que mi frugal desayuno pareciese un banquete.

Librodot

Por el sur, un último destello del mar y la bruma distante de Malta, aún humeante al cabo de diez años. Luego apareció el Etna y su maravilloso interior, y nos dispusimos a aterrizar.

Aquella tierra estéril parecía la misma tierra-máquina. Sicilia (su norte, mitad Westciv), tenía una nómina de robots tan larga como la de la Luna. Todos trabajaban en una unión sin cerebro, por si los seres menos inteligentes de la mitad sur emprendían una acción desesperada. Cogí mi cañón de gas y salí al calor cuando el primer tramo de escalerillas se descorrió automáticamente por sí solo.

Juntos, Greaves y yo saltamos dentro de la armadura gigante y atravesamos el campo con pasos de canguro, de diez metros de longitud.

La frontera blanca estaba marcada por unos platillos colocados encima de postes a intervalos de diez metros; entre los platillos, la barrera eléctrica retemblaba, enviando su aroma de alucinación hacia el firmamento.

El mundo negro también tenía su frontera. Se hallaba más allá de nuestro campo de fuerza. Atravesaba Sicilia como un agrietado muro de piedra. Gran parte de las piedras procedían de poblados, aldeas y templos destruidos. De vez en cuando, un nativo se llevaba algunas piedras del muro para construir con ellas una choza en la que poder vivir con su familia. Los indignados oficiales negros derribaban la choza y devolvían las piedras a la muralla. ¡No tenían por qué preocuparse! Yo hubiera podido saltar su muralla con gran facilidad.

Y un muro de ocho postes...

Cruzamos el atestado campo hacia la puerta delantera. Sol y gravedad. Dentro de las armaduras, éramos hombres macizos, de más de tres metros de estatura, con unas botas de más de medio metro; y encima de la cabeza llevábamos los cascos de dos palmos de alto. Nuestros megáfonos podían llevar la voz a una milla de distancia. Podíamos ser los malignos hombres-máquina de los desgarrados sueños de los negros. En la puerta delantera, entramos y dejamos la armadura en los compartimentos magnetizados.

En lo alto de la torre, Greaves se hizo cargo de los controles automáticos y conectó su enlace con Palermo y los comsats que tenía más arriba de su cabeza. Yo efectué las debidas comprobaciones con Inmigración y Aislamiento para ver si funcionaban.

Desde allí podíamos divisar el odiado territorio enemigo, sus torreones de madera, sus miserables aldeas de piedra, de las que surgían ya hordas de gente, aunque aún faltaban cincuenta minutos para que bajásemos las pantallas de fuerza y así dejar pasar a algunos. Detrás de la multitud, los montes parecían desparramarse hacia los miserables valles moteados de arbustos. Ninguna vivienda decente. Si nos apoderábamos de la isla, como siempre afirmaba, levantaríamos unas plantas de desalinización en la costa, importaríamos tierra fértil, fertilizantes y las mejores simientes para óptimas cosechas múltiples, enriqueciendo todo el territorio en cinco años.

Con el statu quo actual, los próximos cinco años no iban a producir más que hambre y religión, que era lo único que ellos tenían. Una epidemia de cólera en masa, con muertos que se contaban por cientos de millares, estaba ya haciendo estragos en África, tras haberse trasladado hacia el oeste desde Calcuta, la capital tradicional del cólera.

—¡Los muy imbéciles! —rezongué—. Algún día habrá una ley en el mundo entero que prohíba a la gente vivir como gusanos.

—Y otra ley que prohíba a la gente enriquecerse con ello —replicó Greaves.

Su observación no significaba nada para mí. Supuse que tenía algo que ver con su necia teoría de que Westciv se aprovechaba de la pobreza del Tercer Mundo aumentando las tarifas de importación. Greaves no lo explicó ni yo se lo pedí.

Desde el panel de control auxiliar envié un escrutador invisible a vigilar un poblado enemigo. Aunque podía quedar atrapado en las anticuadas pantallas de radar de los negros, éstos sólo podrían protestar por el quebrantamiento de los reglamentos internacionales, pero sin poder interceptarlo.

El ojo mágico planeó sobre un grupo de cabañas y ajustó su enfoque, enviándome su imagen tridimensional.

En los portales, en los balcones adornados con flores marchitas, en los callejones, había grupos de negros. Eran árabes, malteses refugiados, sicilianos marcados, renegados del mundo blanco; los grupos étnicos se distinguían por debajo de sus ropas sucias, oscuras y viejas, carentes de fibras sintéticas. Concentré mi atención en una joven morena que estaba a la puerta de una taberna con una mano apoyada en el hombro de un niño. Cuando Natalie estaba en el patio debajo de la ponsetia, ¿qué había pensado yo? ¿Que antaño podíamos propagar el amor entre nosotros?

Antes de que el mundo resultase demasiado difícil, había habido un método seguro para multiplicarse y compartir el amor. Habríamos tenido y criado hijos por la recompensa mensual de tenerlos, de ayudarles a crecer sanos y fuertes. También de sus entrañas habría irradiado la salud.

Pero los tercermundistas ambicionaban las riquezas de Westciv sin aceptar su disciplina. Tenían hijos. Indiscriminada y pródigamente. El mundo estaba demasiado lleno de niños y de personas, lo mismo que el vacío espacial estaba poblado de sueños fantásticos. Sólo los débiles, los ineptos, los hambrientos podían arrojar hijos a un mundo sin reglas. Su progenie débil, desvalida y muerta de hambre alimentaba las tumbas y los gusanos del mundo. Aquella chica morena que reía en mi pantalla sólo se merecía la semilla detonante del cañón.

—¡Haz que regrese el escrutador, Jerry! —me ordenó Greaves, viniendo hacia mí.

—¿Qué ocurre?

—Llama al escrutador.

—Voy a darles a los bastardos un buen final.

—Te ordeno que llames al escrutador. No existiendo ninguna emergencia, estás contraviniendo los reglamentos.

—¿Y a quién le importa?

—A mí —replicó. Estaba muy enfadado—. A mí me importa y soy el oficial de exilios.

—Todo el día de ayer estuviste muy irritado e irritante —comenté, mientras hacía regresar el ojo mágico—. Y sin embargo, jugaste bien al ajedrez. ¿Qué te pasa?

Pero tan pronto como hube pronunciado la pregunta, supe la respuesta. Ted Greaves estaba convertido en un manojo de nervios, porque debía tener noticias de que su hijo regresaba de las tierras estériles del Tercer Mundo.

—Te encuentras entre la espada y la pared con tu hijo Pete hecho un anarquista, ¿eh?

Fue entonces cuando se arrojó contra mí.

En la taberna, Peter Greaves estaba invitando a sus amigos a la última ronda. Llevaba casi tres semanas en la aldea, aguardando el día en que se abriera la frontera; en tres semanas había trabado amistad con todos los habitantes del lugar. Todos ellos, y no sólo Max Spineri, que había hecho el viaje con él desde Alejandría, le juraron amistad eterna el día de la partida.

—¡Para que termine la epidemia de cólera! —exclamó Pete, levantando su vaso.

—Será mejor que regreses al Oeste antes de que el rey Cólera visite Sicilia —aconsejó un acemilero.

La bebida era fuerte. Pete sintió deseos de pronunciar un pequeño discurso.

—Vine aquí como un pedante estúpido, llena la cabeza con toda la propaganda del Oeste —manifestó—. Y regreso con los ojos abiertos. Durante mi año de estancia en África y Sicilia, me he convertido en hombre, y vuelvo a casa, donde relataré todo lo que he visto y aplicaré cuanto he aprendido.

—Este es ahora tu hogar, Pete —le dijo Antonio, el camarero—. No regreses a Pinkeyland, o volverás a ser una máquina como los otros. Nosotros somos tus amigos. ¡Quédate con tus amigos!

Pero Pete no podía atender a aquellas razones.

—He de regresar, Antonio. Max te lo puede decir. Deseo sacudir el letargo de la gente, y hacer que oiga la verdad. Allí tiene que efectuarse un cambio, aunque para ello tengamos que derribar todo lo actual. En Pinkeyland, y cree en mis palabras, hay miles de millones de chicos y chicas de mi edad que odian la manera como van las cosas.

—¡Igual que aquí! —rió un campesino.

—Seguro, pero en el Oeste es diferente. Los jóvenes están hartos de la patraña de que nosotros tenemos voz y voto en el Gobierno, hartos de la burocracia, hartos de una tecnocracia que se

limita a reforzar el poder de los políticos. ¡A quién le importa que haya vida en Júpiter cuando la vida en la Tierra es cada vez peor!

Vio, y ello nunca había dejado de asombrarle en el mundo negro, que no se entusiasmaban con estas palabras. El estaba de su parte, tal como seguía pregonando. Sin embargo, la mejor actitud de los negros hacia los blancos era ambivalente: una mezcla de envidia y desdén hacia las naciones que consideraban esclavas del consumo de productos y de las máquinas.

Lo intentó de nuevo, hablándoles del poder estudiantil y del submundo, pero Max le interrumpió.

—Tienes que irte, Pete. Sabemos cuáles son tus sentimientos. Ten calma... tu raza tiene dificultades para tener calma. Mira, tengo un regalo de despedida para ti.

Tras arrastrar a Pete a una esquina, exhibió un arma y la puso en manos de su amigo. Al examinarla, Pete descubrió que se trataba de un antiguo revólver «British Enfield», bien conservado.

—No puedo aceptarlo, Max.

—Claro que puedes. No es regalo mío, sino de la organización. Te ayudará en tu lucha. ¡Está cargado con seis balas! Tendrás que esconderlo, porque te registrarán cuando cruces la frontera.

Pete estrechó la mano de Max.

—¡Cada bala me servirá, Max!

Temblaba. Tal vez hubiese en su interior más miedo que otra cosa.

Cuando estuvo lejos del calor, las moscas, el polvo y sus desharrapados amigos, tuvo conciencia de su actual imagen de bravura y ello le dio valor.

Fue en dirección al sol, donde Roberta Arneri vigilaba el convoy que se iba reuniendo para el corto viaje hasta la frontera. Le asió una mano.

—¿Sabes por qué tengo que irme, Roberta? —Por muchas razones.

Era cierto. Pete miró fijamente hacia la luz del sol y trató de recordar. Aunque el odio se alzara entre los dos mundos, había zonas de debilidad en que confiaban unos en otros. Por debajo del odio florecían ambigüedades como el afecto, el amor. Aunque existiese un estado de guerra, seguía habiendo alguna relación. Y la juventud no podía quedar acorralada. Todos los años, jóvenes blancos (anarquistas para los mayores), pasaban la frontera con ambulancias y medicamentos. Y dichos medicamentos los pagaban dichos mayores. Era como un dinero de conciencia. O dinero del odio. Un regalo, un símbolo... nadie sabía qué, aunque intuían que era algo muy importante, tanto como un sueño que no es comprendido.

Y ahora, él iba a regresar. Antonio tenía razón. Probablemente jamás volvería al Tercer Mundo, ya que el suyo le convertiría en una máquina.

Pero necesitaba declarar ante testigos. Sólo tenía dieciséis años.

—La vida sin tuberías, la vida con un estómago medio lleno —diría al llegar a la patria—, tiene mejor sabor. Posee una cualidad positiva. No te hace sentirte menos humano. No hay ninguna virtud especial en tener la piel blanca, una panza gorda y arrastrarse hacia un tazón de loza cada vez que hacen efecto las purgas.

No sabía hasta qué punto resultaría convincente, una vez se hallara en la inmensidad estéril e higiénica de Westciv... particularmente cuando todavía añoraba en su corazón todas las comodidades y privilegios, y una ducha todas las mañanas antes de sentarse a desayunar. Aquí había sido divertido, pero ya tenía bastante. Más que bastante, si recordaba lo que estaba destruyendo la epidemia.

—Irás a ver de nuevo a tu padre —diagnosticó Roberta.

—Quizá. En América estamos intentando romper tos lazos familiares. Una vez has destronado la religión, destruyes la santidad de la familia. Esto anima a la gente a trasladarse a otros planetas, a ir adonde te ordenan.

Estaba avergonzado de pronunciar estas palabras... pero también algo orgulloso.

—Por esto estáis tan nerviosos y deseáis guerrear constantemente, ¿eh? No os dan muchos besos de pequeños, ¿verdad?

—¡Oh, todos estamos en unidades de aislamiento! La vida no es tan mala como crees entre las ruedas del progreso, Roberta —masculló amargamente.

La besó. Los labios de la joven sabían a ajo.

Max le palmeó el hombro.

—¡Ya basta, amiguito! ¡Te largas a casita! ¡Sube!

Pete trepó a la carreta tirada por un burro, junto con otro anarquista blanco llegado hacía poco desde Túnez. Pete había entrado en el misterioso Tercer Mundo conduciendo un camión lleno de víveres. El camión se lo habían robado en Nubia, cuando él estaba enfermo de malaria y disentería. Y ahora regresaba con las manos vacías. Pero las palmas de sus manos ya no eran tersas ni suaves.

Volvió a estrechar la mano de Max. Se contemplaron mutuamente, sin pronunciar palabra, en tanto el conductor animaba al burro a moverse. Sí, había afecto en la mirada de Max, afecto eterno, a su modo, ya que Max era un presunto extremista también; pero también existía la implacable enemistad que siempre surgía entre los que tenían y los que no tenían. Una enemistad más fuerte que los hombres, incurable por los hombres. Ambos bajaron la vista.

Ocultando su perplejidad, Pete tendió la vista a su alrededor. Durante sus días de espera, la aldea se le había hecho totalmente familiar, desde la iglesia situada en un extremo del poblado, a los cactos medio destruidos de los campos. También había saboreado allí la paz de una vida ajustada a los más lentos y estúpidos de modo que pudiesen sobrevivir. Al otro lado de la frontera, el tiempo pasaba velozmente.

Los cascos del burro apenas hacían ruido sobre las piedras del suelo. Iban avanzando también otras carretas, seguidas por los perros y pegadas a las paredes. Tenían la sensación, desesperada e hilarante, de que estaban abandonando el refugio de la historia y se encaminaban al lugar donde empezaba la planta hidroeléctrica del mundo.

Pete agitó una mano en dirección a Max, Roberta y los demás, y volvió la vista hacia las fortificaciones de su propio sector. La frontera estaba algo lejos, pero era muy visible en el aire pálido. Cuando miró hacia allá, divisó una gigantesca figura de terror cómico, dos veces más alta que un hombre normal, una máquina con hombre, que avanzaba hacia él por la llanura. Gritando con ira obscena a medida que avanzaba, el monstruo parecía tostarse bajo el sol.

Avanzó hacia él como una rueda llameante, descendiendo por una empinada ladera, devorándolo todo.

VI. EGO

Ted Greaves era mi amigo desde hacía largo tiempo. No sé por qué se abalanzó sobre mí cuando le hablé burlonamente de su hijo. En realidad, tampoco sé por qué su acción me encolerizó.

Mi última estancia en CUFL me había dejado en un estado de ánimo bastante bajo, pero el furor me prestó fuerzas. Esquivé su puñetazo y le asesté uno debajo del corazón. Cuando se dobló hacia delante, gruñendo de dolor, volví a pegarle, esta vez en la mandíbula. Ted levantó el puño y me rozó el mentón, pero yo ya le estaba propinando golpes sin descanso. Cayó al suelo.

Estos accesos de furor ya me habían asaltado antes, aunque no durante los últimos años. Cuando de nuevo tomé conciencia de mis actos, me estaba colocando la armadura pogo y tenía sólo un recuerdo muy vago de lo que le había hecho a Greaves. Recordaba, eso si, haber bajado la barrera de fuerza.

Comencé a saltar hacia la tierra odiada. Oía el rumor de los giroscopios, y también, mi voz que chillaba como la de un poseso.

—¡Vosotros habéis matado a mi hija! ¡Vosotros habéis matado a mi hija! ¡No entraréis! ¡No, no entraréis!

No sé qué fin perseguía.

Pronto dejé algunos animales diseminados por tierra. Volqué una carreta. Estaba casi en la primera aldea.

Me parecía estar corriendo a cien kilómetros por hora. Y no obstante, cuando sonó el disparo me detuve al instante. ¡Qué hermosas serían las montañas si los ojos de uno nunca se abrieran y volvieran a cerrarse! Los palomos revoloteaban, muy blancos, sobre las techumbres semiderruidas.

Librodot

La gente estaba inmóvil. Algún día formarían parte de los nuestros, y nos apoderaríamos del mundo entero. El mundo entero se estremecería al escuchar el fragor de mi armamento y el polvo giraría como la furia de las galaxias.

Era preferible el dolor a nuestro eterno y suave dilema.

Estaba contemplando a un muchacho de cara pálida que descendía de una carreta tambaleándose, tras lo cual la carreta se apartó de él. La gente gritaba y huía por doquier, como pingajos. Mi mirada sólo estaba fija en él. Sus ojos estaban sólo fijos en mí. Tenía en la mano un revólver humeante.

No puedo explicar cómo supe que era americano. Un americano con el rostro de Ted Greaves, aunque liso, sin sus arrugas, un Ted Greaves que parecía obscenamente joven. Mi verdugo sin duda llevaba una máscara.

Un giroscopio funcionaba en mi cabeza como si se estuviera ahogando en sangre. Yo sólo podía seguir mirando aquella máscara. Cuando se acercó me vi impulsado a decir algo.

—Esto es como una película del Oeste.

¿Trataba de bromear?

La muerte descendió de las montañas negras hasta que sólo quedaron sus ojos, prestados a Ted Greaves, como heridas en el universo.

Luego, desaparecieron.

Cuando las drogas me hicieron regresar de mi trance hipnótico, todavía estaba trabajando para el CUFL, junto con los otros once esclavos de mi turno en el «inciente electivo».

—He vuelto a morir —les dije a los médicos que estaban inclinados sobre mí.

Asintieron. Estaban contemplando las pantallas de los monitores.

—Tenga calma —me aconsejó uno de ellos.

Cuando mis ojos pudieron enfocar bien las imágenes, vi que era Wace.

Ya estaba acostumbrado a las instrucciones. Trabajaba para tener calma. Todavía me encontraba en la línea del frente, donde la individualidad peleaba con la antigua conciencia tribal innominada.

—He vuelto a morir —gruñí.

—Descansa, Jerry —me recomendó Wace—. Ha sido sólo un sueño hipnótico de los que siempre tienes.

—Pero he vuelto a morir. ¿Por qué siempre tengo que morir?

Tommy Wace. Su nombre era Tommy. Los datos estaban equivocados.

Desde lejos, trataba de procurarme consuelo y expresar compasión con su rostro reseco.

—Los sueños son mitologías, en parte individuales y en parte universales. Los sueños de programadores y los sueños de tipo pronóstico son funciones naturales del sistema psíquico que regida el yo. No hay nada antinatural en soñar que uno muere.

—Pero he vuelto a morir... Y estuve dividido en dos personas...

—La defensa perfecta en un mundo dividido. Una forma de adaptación.

No me era posible transmitir mi agonía personal a aquellas personas, aunque lo hubieran visto todo por las pantallas. Con un gesto cansado me pasé una mano sobre el rostro. Mi barbilla me hizo el efecto de un cacto.

—Demasiado odio personal, Tommy. ¿De dónde procede?

—Johnnie, me llamo Johnnie. Al menos, tú lo extraes de tu sistema. Bien, bebe esto.

Me incorporé.

—Tendrán que clausurar el CUFL, Johnnie —musité.

Apenas sabía lo que decía. Había vuelto al mundo real, al abrasador Laboratorio Psíquico Lunar bajo Platón... y de pronto comprendí que podía distinguir lo verdadero de lo falso.

—Durante años y años... ¡he estado equivocado!

Había exteriorizado mi propio odio. El sueño me había demostrado que yo temía convertirme otra vez en un todo, por si ese todo me destruía.

Jadeando, aparté de mí la bebida de Wace. Estaba viendo visiones. El mundo blanco había abandonado la religión. El abandono de la religión comportaba el abandono de otras estructuras de esperanza y desintegraba la vida familiar. La gente estaba entregada a la mayor estructura de la ciencia. Así obrábamos en Westciv. El principio era malo, pero seguíamos adelante. No había retroceso posible. El resto del mundo tenía que seguirnos. No..., tenía que ser guiado. No intimidado, no amedrentado. Guiado. ¡La revelación!

Parte de nuestro suave dilema es que nunca comprendemos por completo cuál es el dilema.

—Johnnie, no siempre tengo que morir —murmuré—. ¡Es mi equivocación, nuestra equivocación! —estaba llorando y no podía evitarlo. Algo se estaba disolviendo en mí—. ¡Los blancos y los negros son uno, no dos! Luchamos contra nosotros mismos. Yo estaba luchando conmigo mismo. Quiero volver al trabajo.

—Fin del turno —rezongó Wace, volviendo a darme la bebida—. Has hecho mucho más de lo que te corresponde. Iremos al Laboratorio Psíquico para efectuar un reconociminto completo, y tendrás permiso para regresar a la Tierra.

—¿Pero no entiendes... ? —callé y acepté su maldito brebaje.

Natalie, Ri. También yo tengo mis sueños turbadores, pequeña queridita...

Mi cama está mojada y mi colchón empapado en sangre.

John Wace llamó a una enfermera para que me ayudara a levantarme. Una vez en movimiento, pude ir al Laboratorio Psíquico por mis propias fuerzas, —¡Muy bien, Jerry! —aprobó Wace—. La próxima vez que vuelvas a la Luna habré medido y señalado Júpiter para ti.

¡Muy bien! ¡Y sólo había dado a mis opiniones más poderosas y más emocionalmente arraigadas un giro de ciento ochenta grados! En el Laboratorio Psíquico me sentí tan tenso que no pude dejarles hablar.

—Ya sabéis cómo es, pasar sin intervalo de la hipnosis al estado de sueño... es como hundirse a través de varias capas de nubes. Comencé reviviendo mi último período de reposo con Natalie y Ri. ¡Todo volvió a ser Verdadero y dulce, sin distorsiones, surgido de los depósitos de la memorial La distorsión sólo tuvo lugar cuando recordé el aterrizaje en Sicilia. Lo que en realidad ocurrió fue que Ted Greaves y yo dejamos que su hijo, junto con otros anarquistas blancos pasaran la frontera. Yo hallé el revólver que él quería pasar de contrabando, y que había escondido en su bota alta.

Aquel revólver fue el símbolo que inició mi pesadilla. Las nuestras giran a través de aspectos diferentes, como las fases de la Luna. Me identifiqué totalmente con Pete. A su edad, yo también fui un revolucionario, yo también quise cambiar el mundo, yo también habría deseado matar a mi yo actual.

—A la edad de Pete Greaves, tú peleaste en favor de Westciv, y no en contra, Wharton —me recordó uno de los psiquiatras.

—Sí —asentí—. Estuve en Asia con un arma. Y aniquilé a toda una banda de tercermundistas. Fue por la época en que los rusos se unieron a nosotros.

No deseaba continuar. Podía verlo todo con gran claridad. Ellos no necesitaban una plena confesión.

—La sensación de culpa que experimentaste en Asia fue natural —añadió el psiquiatra—. Reprimirla fue también natural... La culpa reprimida es la causa de casi todas las enfermedades físicas y mentales de este país. Desde entonces, esta sensación de culpa se agrió y se convirtió en odio.

—En el futuro trataré de ser buen chico —sonreí burlonamente.

Entonces, las ramificaciones de esta observación no me resultaron obvias, como lo fueron para el psiquiatra.

—Estás graduado, Wharton —replicó—. Y mereces unas vacaciones en la Tierra.

VII COLECTIVO

El globo terráqueo, con sus giros interminables, nos estaba transportando a la sombra. En el patio, la línea del sol estaba ya muy alta en el muro, Natalie había instalado un quemador de alambre de mosquitera; su fragancia llegaba hasta la mesa donde estábamos sentados ante nuestras cervezas. Adquiríamos los alambres en el almacén del pueblo, y eran pasados de contrabando desde el Tercer Mundo, con una etiqueta de «Fabricado en El Cairo» en el paquete.

Ri estaba atareada en un rincón del patio con un par de tiestos. Jugaba calladamente, a sabiendas de que había pasado ya la hora de acostarse. Ted Greaves y Pete estaban con nosotros, bebiendo cerveza y fumando. Pete no había abierto la boca desde su llegada. Por entonces, yo no podía entrar en contacto con él. No importaba. Los bloques de hielo todavía se estaban agrietando y fundiendo.

Cuando Natalie trajo otra jarra de cerveza y te dejó sobre la tosca mesa de madera, Greaves le espetó:

—Tendremos un héroe entre nosotros si tu hermano viene a verte cuando regrese de Júpiter. ¿Crees que se dejará ver por aquí?

—Seguro... Ian odia la costa oriental tanto como la inmensa mayoría de seres humanos.

—¡Pues por lo visto ha encontrado tan poblado Júpiter como la costa oriental!

—Cuando llegue estará funcionando el «inciente efectivo» —comenté.

—Creí que habías pronosticado su próximo cierre —inquirió Greaves.

—Eso fue cuando me ahogaba de odio.

—¡Bromeas! ¿Cómo puede ahogarse en odio una máquina?

—El consumo iguala a la producción. El CUFL es un almacén reactivo: si lo aumentas con odio, ha de producir odio.

—Lo misino se aplica a los seres y grupos humanos —intervino Pete Greaves, frotando la una de su pulgar sobre la mesa.

Le miré. No podía sentir afecto por él. Tenía razón, pero yo no podía estar de acuerdo con sus palabras. Me había matado..., aunque yo fuese disfrazado como él, aunque hubiera sido una ilusión hipnótica.

—Es una paradoja —me esforcé por hablar— que un hombre pueda odiar a gente que no conoce ni ha visto nunca. Es fácil odiar a quien se conoce..., a personas como uno mismo.

Pete no contestó ni levantó la mirada.

—Sería una tragedia que empezásemos a odiar a esos seres de Júpiter sólo porque están allí.

Lo dije en son de desafío, pero Pete se limitó a encogerse de hombros. Natalie tomó un sorbo de cerveza y me miró.

—¿Crees que alguno de tus amigos salvajes —insistí— podría cruzar la frontera para alimentar al CUFL con sus arquetipos? ¿Crees que resistirían el paso de la frontera y el viaje?

Tanto él como su padre me contemplaron como sí les hubiese caído encima un rayo.

Antes de que el chico hablara, comprendí que había acabado con él. No tendría que volverse calladamente esquizoide. Hablaría conmigo y con Natalie en alguna ocasión, y entonces escucharíamos de primera mano el relato de sus viajes. Pero antes había que derribar unas cuantas capas defensivas. Suyas y mías.

—¡Usted está bromeando! —exclamó.

De repente me eché a reír. Todo el mundo estaba bromeando. Según lo que uno defina como broma, pensé que había dejado de bromear por muchos años. De pronto me aparté de la mesa para disimular la quemazón de mis ojos.

—Vamos —murmuré, cogiendo a Natalie del brazo—, hemos de llevar a Ri a la cama. Cree que nos hemos olvidado de ella.

Mientras íbamos por el caminito, Natalie dijo:

—¿Era seria tu sugerencia?

—Creo que puedo llevarla a la práctica. Hablaré con Wace. Las cosas han de cambiar. El CUFL está desequilibrado.

Los pinzones revoloteaban en sus jaulas. La línea del sol ya estaba en lo alto del muro. Todo eran sombras entre nuestros naranjos, y revoloteaba ya el primer murciélago. Llegué junto a Ri antes de que se diera cuenta de mi presencia. Sobresaltada, me miró y prorrumpió en llanto. Había que cambiar muchas cosas.

La levanté entre mis brazos y besé sus mejillas.

Muchas cosas tenían que cambiar. La condición humana seguiría siendo la misma, pero muchas cosas tenían que cambiar.

Incluso las largas noches de la Tierra eran sólo manifestaciones locales de la eterna luz del Sol. Incluso las diferentes generaciones humanas tenían arquetipos en común, y sus lentos giros no eran movimientos inconsecuentes, sino gestos calculados y deliberados.

Por tanto, llevé a mi hija a la casa en penumbra para acostarla.

FIN